

JOVELLANOS EN SUS ESCRITOS ÍNTIMOS: EL PAISAJE Y LA EMOCIÓN ESTÉTICA DE «LO SUBLIME»

ANA RUEDA
University of Kentucky, EE.UU.

RESUMEN

El *Diario* recoge el interés de Jovellanos por consignar España y su geografía en un sentido histórico, estadístico, económico y político. Como hizo constar en su célebre informe de economía política aplicado al estado de la agricultura en la España del dieciocho, el *Informe sobre la ley agraria*, el *Diario* crea una conciencia moral y civil profundamente orientada a la reforma social de España. Sin embargo, la circunstancia del exilio hace que la mirada de Jovellanos ante el paisaje adquiera en esta obra íntima una cualidad distinta de la que produjo en su *Informe*. Jovellanos describe la perturbadora belleza de paisajes agrestes y experimenta a lo largo de su diario la conmoción emocional que Burke (*Philosophical Enquiry*, 1757) y Kant (*Critique of Judgment*, 1790) consignaron como lo sublime. Las páginas del *Diario* en las que aparece la palabra «sublime» y los sentimientos acompañantes revelan una ansiedad que amenaza con socavar la convicción de Jovellanos en el progreso de la sociedad y en el poder de la razón, es decir, las suposiciones de la subjetividad racional que fundamentaba su labor como político y como escritor. El concepto de lo sublime introduce espacios narrativos de gran emotividad que revelan un importante giro a una subjetividad epifánica que en décadas sucesivas cobrarían impulso con el romanticismo. Sin embargo, Jovellanos templea su entusiasmo. En el umbral de lo sublime Jovellanos se retrotrae. Su auto-alienación parece vedar a los lectores el acceso a su intimidad y frustrar la expectativa del lector de esta literatura diseñada para conocer al hombre. Pero es precisamente en estos resquicios donde el lector tiene acceso a la lucha interior del diarista y a sus negociaciones entre su yo íntimo y su rol público.

Palabras clave: Jovellanos, estética, sublime, Diario, Kant.

ABSTRACT

The *Diario* (Diary) foregrounds Jovellanos's interest in recording Spain and its geography in a historical, statistical, economic and political sense. Like his celebrated report on political economy, the *Informe sobre la ley agraria* (Report on Agricultural Law), the *Diario* creates a moral and civil conscience that is profoundly oriented toward the social reform of Spain. Even so, the circumstance of his exile causes his gaze to acquire in this intimate work a quality unlike that of the *Report*. Jovellanos describes the disturbing beauty of wild landscapes and experiences in his *Diary* the emotional commotion that Burke (*Philosophical Enquiry*, 1757) and Kant (*Critique of Judgment*, 1790) recorded as the sublime. The pages of his *Diary* on which the word "sublime" and its accompanying emotions appear reveal an anxiety that threatens to undermine Jovellanos's commitment to societal progress and the

power of reason; that is, the suppositions of rational subjectivity that underlay his work as politician and writer. The concept of the sublime introduces narrative spaces of great emotion that reveal an important turn toward an epiphanic subjectivity that in successive decades would come to the fore in Romanticism. However, Jovellanos tempers his enthusiasm. On the threshold of the sublime he takes a step back. His self-alienation appears to prohibit the reader entry into zones of his private person and to frustrate the expectation of the reader of such intimate literature that he will come to know the man. And yet, it is precisely in these moments of hesitation where the reader is allowed access to the diarist's inner struggle and to his negotiations between his private self and his social persona.

Key words: Jovellanos, aesthetics, sublime, Diary, Kant.

Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811) es el ilustrado español por antonomasia. Desde sus posiciones como literato, intelectual, magistrado y hombre de estado, desplegó un vasto programa reformista al servicio de la gran empresa política de la España Ilustrada de modernizar y culturizar al país en temas literarios, educativos, jurídicos, estadísticos, políticos y económicos¹. Sus viajes ilustrados consignan España y su geografía, como hizo constar en su célebre estudio de economía política aplicado al estado de la agricultura en la España del dieciocho, el *Informe sobre la ley agraria* (1795), donde expone las causas de la decadencia de la agricultura española. En su *Diario*², y en *Memorias del Castillo de Bellver*, textos profundamente marcados por el desplazamiento geográfico y el destierro —a Asturias y a Mallorca respectivamente— Jovellanos se sitúa ante los paisajes tal como hiciera en su *Informe*; e.d., con ese afán dieciochesco por consignarlo todo para dar una idea cabal de la realidad del país³. No obstante, en estos textos íntimos el sabor del destierro y los vaivenes que sufrió debido a la turbulenta política de entonces afectan la manera en que Jovellanos se posiciona ante la naturaleza. Me ceñiré aquí a su *Diario*, obra de unas mil páginas —en dos volúmenes— tomadas casi diariamente durante diez años, de 1790 a 1801⁴. Estas jornadas se inician con un viaje de Jovellanos de Salamanca a Madrid, suscitado por la prisión de su amigo el conde de Cabarrús, y terminan con la detención de Jovellanos, a quien llevarán preso a Mallorca. El *Diario*, injustamente orillado por la crítica⁵, es,

¹ Para un boceto biográfico de Jovellanos ver Elviro Martínez (1984), ix-xxi; Caso González (1987, 1991); Fernández Álvarez (2001); Álvarez-Valdés y Valdés (2002).

² Jovellanos quiso que fuera *Diario*, en singular, frente al título popularizado por J. A. Ceán Bermúdez. Los primeros editores de *Diario(s)*, nueve en total, lo calificaron como *Memorias íntimas*.

³ Puede consultarse el artículo de Piñeiro Peleteiro (1994) sobre el pensamiento geográfico de Jovellanos.

⁴ Utilizo la edición preparada por Julio Somoza, 1953 y 1954. Existe también una edición de José Miguel Caso González (1992). Ver bibliografía.

⁵ Véase la bibliografía sobre Jovellanos recogida por Berenguer (1994).

sin embargo, clave para acercarnos a Jovellanos y su experiencia de lo sublime⁶.

Las entradas del *Diario* suelen comenzar con una anotación sobre el clima y el correo que llega o que se despacha; anotan distancias, monumentos artísticos, fábricas, ruinas, posadas; distinguen las tierras fértiles de las baldías y proponen mejoras en puentes, canales, carreteras; recogen inventarios de bibliotecas y archivos, datos sobre las pinturas que decoran las posadas, inscripciones, escudos de armas; consignan la topografía de un lugar y su gastronomía; y dan cuenta de las personas con las que Jovellanos se hospeda o cartea⁷. La revisión a la que somete Jovellanos su entendimiento del paisaje humano en su *Diario* es consonante con sus escritos no íntimos, que por lo general se orientan a la reforma social y moral. Sin embargo, el *Diario* se abre a una configuración narrativa que revela un importante giro a una subjetividad (epifánica) que se encauza en una estética emergente de la emoción como principio formativo. La revolución política y estética del atardecer del dieciocho hizo que se tambalearan las figuras neoclásicas de la proporción y el límite. Aunque el *Diario* no renuncia a ciertos diques de contención, como las obligadas pausas en las que el diarista debe dejar la pluma hasta el día siguiente, propone una manera emotiva de historiar, un distanciamiento cognitivo que también ejercita la imaginación de los lectores. Comunica, sobre todo en sus paisajes literarios, una sensación de inmediatez que dista mucho del tono impersonal de pesquisa desinteresada que ofrecía el *Informe*.

Jovellanos describe en su *Diario* la belleza de paisajes cultivados, que llenan sus anhelos de reforma agrícola de orgullo y satisfacción, pero también vibra ante la belleza de paisajes agrestes, desolados y grandiosos. No es de extrañar que su adorada Asturias sea catalítico de lo sublime. En la carretera al puerto de Pajares (*Diario* V. Años 1793-1795) Jovellanos estalla en descripciones admirativas: «Día completamente bueno. ¡Qué escenas tan sublimes! ¡Qué montañas tan augustas! Todas se ven como unos enormes trozos derrumbados de las más altas» (333). Y tras considerar la lucha entre los vientos que procede del mar de Gijón, señala:

Lo cierto es que en un sitio tan señalado como éste, donde la Naturaleza es tan grande y vigorosa, todo contribuye a aumentar la sublimidad de las escenas. El sol es aquí más brillante, los vientos más recios e impetuosos, las mudanzas del tiempo más súbitas, las lluvias más gruesas y abundantes, más penetrantes los hielos, y todo participa de la misma grandeza (334)⁸.

⁶ Escasean los estudios sobre lo sublime en el contexto del dieciocho español. Véase el artículo de Mandrell aplicado a la poesía del XVIII-XIX (1993) y el de Sherman, aplicado a Torres Villarroel (2003).

⁷ Las *Memorias* recogen, a su vez, descripciones detalladas de obras arquitectónicas, flora y fauna de Mallorca, composición geológica de la isla, libros que lee, comidas típicas y costumbres.

⁸ El camino de Pajares a Posadorio le hace exclamar: «todo es bello a una y otra parte [de la montaña], todo sublime, todo grande. Si se hace este camino será el encan-

Ante estos paisajes experimenta Jovellanos la atracción y el rechazo, esa conmoción emocional que Burke (*Philosophical Enquiry*, 1757) y Kant (*Crítica del discernimiento*, 1790) consignaron como lo sublime⁹. Ni Clément (1980) ni Aguilar Piñal (1984) recogen estas obras filosóficas como pertenecientes a la biblioteca de Jovellanos. No obstante, la estética de lo sublime se filtra y se disemina en España a través de numerosas obras, como por ejemplo, *De la belleza y el gusto* (1785) del Marqués de Ureña, quien establece que lo sublime opera en nosotros a través de tres géneros: el agradable, que nos alegra; el majestuoso, que nos calma; y el terrible, que nos aterra (40-41). A efectos de este ensayo, tomo como referente la teoría kantiana de lo sublime. La aparente arbitrariedad en la selección de esta teoría no es tanta si pensamos que es una herramienta tan legítima como otra para explorar la dimensión de lo sublime en el ilustrado asturiano.

Lo sublime, estética ilustrada de la filosofía del arte que se funda en un sentimiento de atracción y repulsión hacia la naturaleza o los objetos de arte, excede lo puramente estético. Marca, según Pillow, el punto en que nuestros intentos por comprender algo de modo unificado o total se vienen abajo; y también articula esos momentos que permiten una orientación que supera una cognición (conceptual) discursiva (1). Además de esta vertiente cognitiva, lo sublime tiene ramificaciones políticas y sociales¹⁰. Jovellanos posee un modo especial de ver y de mirar el paisaje, lo que hace que sienta lo sublime a su manera. Arguyo que para él la experiencia de lo sublime se trunca antes de llegar a la dimensión trascendental que Kant le asignara. Jovellanos no cruza del todo ese umbral; por lo general, opta por centrarse en un análisis cuantitativo y científico, y en el apunte burocrático del dato, que pone al servicio de la nación. Su fuerte sentido de la utilidad social le conduce a un reformismo ilustrado, con firme anclaje en la historia y en la idea de progreso. Así, lo sublime se manifiesta en él como un anhelo de progreso hasta el infinito, pero no a nivel trascendente (dimensión vertical), sino en cuanto a mejoras sociales (dimensión horizontal). A su vez, su actitud ante el paisaje abre una crisis entre el yo íntimo y el yo social; crisis que ara el camino para nuevas formas de

to de los viajeros, singularmente de aquéllos que sean dados a la contemplación de la Naturaleza» (335).

⁹ A este último precede *Observations of the Feeling of the Beautiful and the Sublime* (1764) de Kant. Para una lectura del sublime kantiano, véase Lyotard (1994), Shell (2002) y Yu (2003). Para un estudio que abarca la reflexión estética de lo sublime en Kant y en Hegel, véase Pillow (2000). Sobre lo sublime en Schiller, ver Aullón de Haro y del Barco (1992) y sobre Herder contra Kant en torno a lo sublime, véase Zuckert (2003). Sobre la teoría de lo sublime por Longinos, puede consultarse, en versión española, Longinos, Cassius; Juan Mariano Larsen (1863).

¹⁰ Geiman (1996) ve en la formulación kantiana del juicio estético el marco para la perspectiva política que Kant desarrolló más tarde en sus opúsculos políticos.

la subjetividad que nos confrontan con una emergente sensibilidad de lo histórico¹¹.

De acuerdo con la teoría kantiana, lo sublime, a diferencia de lo bello, no reside en la naturaleza; sólo en nuestra mente: «La naturaleza suscita [...] las ideas de lo sublime [...] en su caos o en su desorden y devastación más salvaje y sin reglas, cuando permite divisar [...] magnitud y poder» (202). Lo sublime, en oposición a lo bello, se asocia con «la inmensidad sin límites»; inmensidad que Kant consigna como una «violencia a la imaginación»: «sublime es aquello en comparación con lo cual todo lo demás es pequeño» (206), aunque paradójicamente, la totalidad de lo inmenso también se presenta al pensamiento (202). A menudo, Jovellanos hace un alto en el camino para contemplar vistas recónditas y escabrosas que producen en el observador la sacudida emotiva de lo sublime. Provocan una ansiedad que amenaza con socavar la convicción de Jovellanos en una subjetividad racional. Pero Jovellanos, siempre moderado en sus apreciaciones, templea su entusiasmo. En el umbral de lo sublime deja entrever una crisis emotiva: reprime las sacudidas del horror o la desesperación y se auto-aliena, vedándose la entrada a zonas de su persona privada y frustrando con ello la expectativa del lector de esta literatura íntima de conocer al hombre. Por tanto, es precisamente en ese umbral donde mejor puede el lector entrever las luchas internas y las negociaciones que Jovellanos lleva a cabo consigo mismo.

No olvidemos que Jovellanos desea persuadir a sus lectores a que abracen su causa política de introducir mejoras civiles. Los pasajes en que Jovellanos experimenta lo sublime permiten ver no sólo la desconexión entre sus programas de reformar España y la inercia de la administración de Carlos IV¹², sino también la crisis entre su yo íntimo y su papel público. En estos resquicios del *Diario* se percibe un desaliento prerromántico¹³ en uno de los hombres más emprendedores de la Ilustración española. Jovellanos, cincuentón cuando redacta su *Diario*, insiste en sus programas de reforma, pero los incorpora a un juicio estético —lo sublime— que tiene una finalidad totalmente independiente de una tecnología de la naturaleza y de sus leyes universales¹⁴. Jovellanos inyecta en su *Diario* un factor temporal que lo asigna al género de la memoria histórica y que, a su vez, nos permite caracterizar su emoción personal de lo sublime.

¹¹ Sobre los lazos entre lo histórico y lo sublime en el historicismo académico contemporáneo véase Keller (2003).

¹² Es relevante notar que cuando terminó de redactar el borrador del *Informe* comenta en su *Diario* II (Año 1791): «¡Gracias a Dios! Pocos escritos me han costado más trabajo, y al cabo, no sé qué dirán mis compañeros del Consejo» (65).

¹³ Caso González (1993) ve la descripción de Bellver como anticipo de la literatura romántica.

¹⁴ Sobre la dicotomía entre lo bello y lo sublime en la estética del dieciocho, véase Zelle (1992).

De Madrid a Gijón, Jovellanos anota un momento sublime: «Pasado el Tuero, hay unas eminentísimas peñas a una y otra banda, espectáculo de los más grandes y sublimes que puede presentar la Naturaleza» (Diario I, Año 1790, 129). No obstante, se limita a tomar una fotografía mental del paisaje para en seguida estudiar la altitud de las peñas, que cifra en unos 600 pies, y la reciente pero pobremente ingeniada reparación de la cuesta de Villamanín, que le lleva a concebir un puente:

Fuera de la estrechez de las peñas, lo demás me parece que admite la abertura de un ancho y cómodo camino. Aun en la estrechura haría lo más la pólvora, pues formar un camino sobre el río, sostenido en arcos, sería tal vez muy dispendioso. Sin embargo, como el trecho no es largo, el cimientto está hecho, la piedra abunda y los jornales son baratos, ¿quién duda que todo se haría a poca costa? (121).

La mentalidad ingeniera y económica de Jovellanos encauza lo sublime en la idea de «un camino sobre el río, sostenido en arcos». «La estimación de magnitudes por medio de conceptos numéricos (o sus signos en álgebra) es matemática», dice Kant, «pero la estimación en la mera intuición (según la medida de los ojos) es estética» (207). Esta imagen visionaria de Jovellanos del puente corresponde a un proyecto imaginativo: es una idea real y también una metáfora de lo sublime.

El Diario II (Año 1791) confirma que los proyectos de ingeniería que Jovellanos concibe a través de lo sublime caen dentro de un propósito que tiene más que ver con la imaginación y con el arte que con las leyes de la naturaleza. En el trayecto a Cangas, que Jovellanos consigna como «uno de los caminos más perversos de Asturias», la imperiosa magnitud del puente de Cangas le merece el calificativo de «obra romana» y provoca en él la emoción de lo sublime: «El arco principal, es sublime; los dos de sus lados, medianos; hay otros pequeños sin uso» (147). De nuevo, constatamos que su juicio estético de lo sublime no se puede divorciar del utilitarismo social de la Ilustración. Jovellanos no tarda en poner su imaginación en marcha, estimando la magnitud de la imagen mental con conceptos numéricos —una medida científica que se desvía de lo que Kant llama *lo matemáticamente sublime* y que sería requisito para su idea absoluta de lo sublime.

Jovellanos echa cuentas, traza mapas y mide distancias, actividades en sí interminables pero desconectadas de la temible belleza natural. Ante ella, el asturiano pone freno a sus emociones, desviando su mirada de las indómitas cumbres a las molestias del camino: «Recibe el *Sella*, que viene de los consejos altos. Es molestísimo por su larga y pendiente subida. Del *Infiesto* a *Llames*, dos leguas; de allí a *Cangas* otras dos mortales. Llegada a *Cangas* a las once, con mucho calor (...) Comimos bien; buena y larga siesta; truenos y lluvia. Resuélvese no salir hasta mañana» (147). Agotado

por las tribulaciones del viaje, Jovellanos desaprovecha la ocasión de los truenos al atardecer, que no producen una impresión sublime en él. El mal tiempo, como la naturaleza escabrosa y majestuosa, suelen dar paso a comentarios sobre la incomodidad del camino, la falta de resguardo contra el frío o el contratiempo de las tormentas a la hora de salir a trabajar. En la expedición al Canal de Campos apunta: «Esperamos que pasase una gran tormenta de truenos y agua; salimos a las seis menos cuarto; bella tarde» (219). De vuelta de Pajares apunta sin inmutarse: «Nada de nuevo en el día; por la noche, el correo, sin cosa notable. Tiempo durísimo al vendaval, truenos y aguas» (367). Entre León y Gijón toma nota de un bellísimo día de «gran frío y escarcha, que, herida de los rayos del sol naciente, presenta un gracioso espectáculo» (243). Gracioso, mas no sublime. Truenos, hielos y nieves ofrecen paisajes que el *Diario* describe con austeridad sintáctica y sin la conmoción verbal de lo sublime.

Jovellanos parece incapaz de utilizar una estimación estética de la magnitud para superar el límite de lo sensible y remontarse a la idea del infinito. Si vibra ante el espectáculo de la naturaleza es por su capacidad de traducir los estímulos de la naturaleza a lo que en su *Discurso sobre la geografía histórica* llama «ciencias útiles» (educación, economía, ingeniería)¹⁵. Jovellanos subraya en el *Discurso* la dimensión política de las empresas geográficas. Deplora que, mientras otros pueblos exploran la tierra y cultivan las ciencias naturales buscando el conocimiento del globo, España tiene su propia topografía en un «funesto abandono». Sin una carta topográfica exacta, «la política no formará un cálculo sin error, no concebirá un plan sin desacierto, no dará sin tropiezo un solo paso...» (36-37). En el *Diario*, el diseño político del programa de Jovellanos incluye la construcción de puentes y carreteras, la mejora de la infraestructura de las pensiones, la creación de institutos y otros proyectos de utilidad social. La estimación estética de la magnitud opera, en su caso, dentro de una dimensión primordialmente horizontal.

La necesidad de Jovellanos de encontrar regeneración espiritual en el aislamiento social que le impusieron en sus viajes del destierro sin capitu-

¹⁵ En el *Discurso* defiende la enseñanza de la Geografía Histórica como parte del plan de educación de su Instituto. Justifica su inclusión entre las ciencias útiles en base a que «...ella debe conducirnos al conocimiento del lugar que fue señalado a nuestro planeta en el gran sistema del universo, al de su figura y tamaño, al de los climas y regiones en que está dividido, de los mares que le abrazan, de las montañas que le cruzan, de los pueblos y naciones que le habitan, y finalmente, al de esta superabundancia de bienes y consuelos que la bondad del Creador derramó en su superficie o encerró en sus entrañas para dicha del hombre, fácilmente concebiréis cuánta sea la extensión, cuánta la excelencia de este nuevo estudio» (30). Más adelante arguye que la geografía va descubriendo todos los espacios e iluminándolos con su verdad, con lo que ha ayudado a disipar la geografía de los antiguos, que estaba plagada de propiedades quiméricas y de apreciaciones erróneas.

lar sus ideales demandaba una seria reflexión sobre su relación con las instituciones sociales que lo habían convertido en hombre de estado y también destituido, una desagradable contradicción que Jovellanos habría de resolver en la soledad del diarista¹⁶. Sus escritos íntimos le ofrecían la oportunidad de hacer un ajuste mental que reconciliara el dominio de lo privado y el de lo público. Estas esferas sociales, centrales al siglo XVIII, las resuelve Jovellanos bifurcando el discurso del «yo» del *Diario*: una cara de este discurso mira al lado potencialmente desequilibrante de su interior como hombre (una introspección pre-romántica que Jovellanos reprime); otra cara mira al código social de comportamiento, cuyo consenso había hecho de él un ser público.

Los críticos subrayan su decepción leyendo el *Diario*, pues no aporta un retrato íntimo de su autor. Para Marcelino Peñuelas, por ejemplo, «Los *Diarios* son de una frialdad, de una reserva tan extrema que en vano el lector se traga las páginas con la vana ilusión de llegar a entrever algo relacionado con la intimidad del autor» (12). De manera sistemática, Jovellanos evita todo lo que pueda confrontarle con los aspectos de su personalidad que podrían introducir dudas e inseguridades y que requerirían un lenguaje mucho más personal¹⁷. Sin duda, las calamidades que Jovellanos sufrió en su vida pública y privada podrían haberle proporcionado amplias oportunidades para reflexionar sobre cómo le afectaban personalmente. Es significativo que optó por no consignarlas. Jovellanos se aleja de la retórica intimista de las *Confesiones* de Rousseau, de la apuntación sentimental del diario con que Goethe encauza las emociones en *Werther*, y de la metáfora viajera que Sterne aprovechó en *Sentimental Journey* para dar rienda libre al sentimiento.

En efecto, la escasez de datos personales en el *Diario* es llamativa. Éstos suelen limitarse al malestar de las comidas, la incomodidad de las camas, las magulladuras del viaje, las pulgas o los dolores de gota. Así por ejemplo, en el *Diario* V (Años 1793-1795), apunta de camino a Mieres:

Martes, 26.—¡Qué bella, qué deliciosa mañana! Heló, y creo que se fijó el tiempo por unos días. Sin duda que el Sur fue ahuyentando a las plagas australes. Hace frío y escribo desde la cama; dormí bien, pero me levanté de noche, porque, sea el agua, sea la mudanza de alimento o acaso algún exceso, me ha descompuesto un poco (349).

¹⁶ Estando en Pola de Lena, el 16 de octubre de 1797, le informan que ha sido nombrado embajador de España en Rusia, estrategia de que se sirvieron sus enemigos para alejarlo de la Corte después del destierro de Asturias.

¹⁷ Jurgen Schlaeger señala que los campos que suelen aprovechar los diaristas y autobiógrafos para desplegar su individualidad son el amor, la infancia, el cuerpo, el viaje y la reflexión sobre los dilemas morales (161-62). Jovellanos se desentiende de estos temas en gran medida o no ahonda en ellos.

Y el *Domingo*, 8 siguiente toma nota de una molestia en la lengua que repetirá en el diario mientras le dure: «Helada; amanece bello día y al parecer templado, como el antecedente. Gran paseo por la mañana; lo mismo después de comer; pero el sol me hizo daño y me produjo una llaguita en la boca, que me aflige desde ayer» (359). Más adelante comunica que va logrando templar la incomodidad de la boca gracias a «los enjuagatorios con agua de llantén mezclado con miel y vinagre, y el agua de cebada por mañana y noche» (361). La parquedad de datos personales de este tipo en una obra de extensión considerable obedece a que Jovellanos subordina la dimensión más íntima de su existencia personal a su rol público; actitud que a los lectores de hoy se nos antoja de una impersonalidad chocante.

Para ofrecer una imagen presentable en la cultura del dieciocho, Jovellanos debió proceder a una dolorosa amputación de sus operaciones mentales que se puede entrever en las fisuras, las ambigüedades y las incongruencias de su discurso sobre lo sublime. La contemplación de lo sublime requiere una disposición espiritual que aleja al sujeto de preocupaciones sociales para concentrarse en una experiencia de índole privado. Lo sublime «eleva la fortaleza del alma por encima de su media habitual», dirá Kant, ya que permite «descubrir en nosotros una capacidad de resistencia de un tipo muy diferente que nos da valor para poder medirnos con la aparente omnipotencia de la naturaleza» (220). Jovellanos ciertamente encuentra su propia limitación ante paisajes inconmensurables, pero, según mi lectura, no logra hallar en su ánimo esa dignidad superior a la grandeza del mundo natural; es decir, no siente la *propia* sublimidad frente a la naturaleza. Las referencias al malestar corporal sugieren, más bien, una postración anímica que no le permite admirar plenamente la magnitud divina en la naturaleza. Se requeriría «una disposición de ánimo para la contemplación serena y un juicio totalmente libre» (Kant 223) para experimentar la sublimidad en uno mismo. En suma, Jovellanos no supera «la violencia de la imaginación» que produce la naturaleza infinita y majestuosa. No la supera porque rechaza la introspección, que sublima en una incesante actividad ingeniera.

La paradójica tendencia al aislamiento de un hombre que pertenece a un siglo profundamente social como el XVIII, unida a la casi ausente introspección, revela el *Diario* como un espacio de privación que tiene sus raíces en las limitaciones humanas. Es cierto que Jovellanos no se asusta ante el peligro, no retrocede ante los inconvenientes, y se pone enérgicamente manos a la obra. En Santander (*Diario VII*, Año 1797), llega a una venta y se encuentra con que no hay barco alguno con el que proseguir su viaje. Comenta: «El tiempo vuela; la noche se acerca. ¿Conque nos quedaremos en esta ventuca? Ya no hay remedio; paciencia. ¡Qué noche nos espera!» (II, 427). Remata su desilusión con un dolor del dedo gordo del pie izquierdo, que le persigue durante el viaje: «ya no dudo que sea gota,

como temí al principio». Añade estoicamente: «Venga a buena hora y doblemos el ánimo de sufrirla» (428). (Subrayado en el texto original). Su quehacer y su ánimo parecen indomeñables.

Sin embargo, el cansancio, la premura del tiempo en sus andaduras contra reloj y su propio sentir del paso del tiempo (su *tempus fugit* personal) sitúan a Jovellanos en un escenario nunca fijo que impide que el viajero eleve las energías de su alma más alto de lo acostumbrado. Diseña y planifica sin superar del todo la postración y la impotencia anímica; y sin remontar su fuerte anclaje a lo específico, al aquí y al ahora. El retiro gijonés, los viajes marcados por la persecución constante de sus enemigos, más la separación de su tierra que aún le espera en el exilio mallorquino, se unen a estas otras presiones. Juntos, producen una conjunción tal de tiempo y espacio en la soledad de Jovellanos como diarista que lo sublime se repliega, dejando apenas rastro de la satisfacción que derivó de la contemplación de un paisaje bello y horriblo o de la magnitud del gozoso sufrimiento acompañante. Jovellanos interrumpe las reflexiones íntimas sobre lo sublime y se parapeta en las entradas del diario, en las que cabe de todo, pero con las que, no obstante, erige una disciplinada prosa de contención que desdeña lo trascendente. Veamos un ejemplo revelador.

En el Diario IV (Año 1792) observa en La Región Praviania picos de increíble elevación, que describe como «Escenas augustas y sublimes, bellamente adornadas» (299). Mas, lejos de ennoblecerle el alma al contemplador, los placeres de la vista siguen el movimiento descendente del camino, cuyos accidentes parecen interesarle más: «Paseamos un gran cuarto de legua; bebimos en la fuente *del Tejero*, por junto a la que baja desde *Zezana* y *Faidiello* el *arroyo de Valdemolín*. A la vuelta el lugar de *Royón* y el arroyo de su nombre, con que muele un molino y baja por la *roca de la Espina*»; «Ya no puedo más» (299), concluye. No es infrecuente que el entusiasmo emotivo que Jovellanos despliega ante un paisaje se trunque prematuramente debido al agotamiento, la flaqueza de fuerzas, las difíciles digestiones, los chinchos, la dureza de la cama, la edad. La enfermedad y la debilitación corporal le privan de su dignidad y le impiden remontar su postración para experimentar la dimensión trascendente de lo sublime.

Una profunda conciencia del paso del tiempo se sugiere como la razón por la que el *Diario* ataja el discurso de lo sublime. De modo característico, la idea de derrumbe o amenaza de destrucción natural (que se asocia a la naturaleza que provoca terror o, según Kant, lo *dinamicamente sublime*) llama su atención. Así, anota que los agrestes roquedos del desfiladero de Pancorbo, que sirven de paso a los llanos de Castilla, están horadados en su base, por lo que le parecen «de sublime y hórrida vista» (Diario I, Año 1790, 194). Cercanas a Villafeliz observa en el mismo diario «peñas altísimas a la izquierda: una sublime, aislada y sostenida por una pequeña base» (254). Peñas ruinosas o que se yerguen de modo abismal amenazan-

do con precipitarse al vacío provocan emociones sublimes ante las que toda resistencia sería vana. Siguiendo al río Luna, observa una

Vista de las ruinas del castillo de Luna en lo alto, a nuestra derecha... Al principio sólo se descubre una peña con forma de castillo; más cerca se reconocen aún algunos pequeños trozos de pared; todo lo demás pereció. Está sobre el enorme tajo que se abrió el Luna. Se pasa por un puente y deja el río a la derecha. De la parte de acá se ve algún trozo de pared del castillo de Luna, y un arquito, que más parece boca de mina que puerta. Antes y después del tajo, las montañas, puestas en torno, forman unos como anfiteatros (275).

La naturaleza erosionada, violenta y terrorífica, es detonante de lo sublime. En el camino a Belmonte atraviesa Jovellanos una estrechísima garganta que describe como «tajo altísimo, horridísimo, pero magnífico y sublime cuanto puede presentar la Naturaleza. No parece la peña gastada lentamente por las aguas, sino cortada por mano de hombres o vencida por un fuerte reventazón de gran masa de aguas represadas» (295).

Las ruinas, obedezcan a una destrucción mansa o violenta, las aprovecha Jovellanos para revivir nobles tradiciones ya abandonadas, pero también para concebir nuevos proyectos para una España que se movía a ritmo retardado con respecto a los nuevos avances de otras naciones europeas. Por su circunstancia de perseguido, Jovellanos revela un ideal de progreso reñido con la administración de la España de Carlos IV. Esta desconexión en cuanto al programa de reformas de Jovellanos se manifiesta en el *Diario* como profunda crisis ideológica, empeñada en rescatar un sentido de historia para una España que se desmoronaba.

El Diario III (Año 1792) aporta un ejemplo acabado de este extrañamiento o distancia que Jovellanos achaca al paso del tiempo. En las vertientes asturianas fronterizas con León observa un paisaje agreste que desciende en picado a un delicioso valle:

Aquí grandes anfiteatros llanos y bajos, por donde corren mansamente los ríos coronados de montañas; aquí unos anfiteatros de más sublime coronación, y el centro de enormes montes que los ríos cortan e interrumpen despeñándose de una a otra cañada. *Linares*, cuatro leguas mortales, en que tardamos seis horas. Comida a la rústica: rica leche; manteca acabada de salir del *zapico*; *cuayada*; truchas fresquísimas de *Teberga*. Descanso; salida a las cuatro; un pedazo de buen camino hasta el lugar de *Castañedo*; su término se va metiendo en cultivo en lo alto; parece excelente suelo. Enorme bajada de lo alto [...]. Gran calor; descanso a orilla de un *arroyo abundantísimo* que baja de lo alto a entrar en el río por su izquierda. Es sitio delicioso a la margen de las sonoras aguas y a la sombra de un hermoso avellano. Todo es poético; a la imaginación ayudaba, pero pasó la edad de esta especie de ilusiones. Voy a dejarlo, aunque sienta arrancarme de tan agradable situación. ¡Oh Naturaleza! ¡Qué desdichados son los que no pueden disfrutarte en estas augustísimas escenas, donde despliegas tan magníficamente tus bellezas y ostentas toda tu majestad! (282-283).

La descripción, nerviosa y taquigráfica al comienzo, desemboca en una reflexión íntima sobre el paso del tiempo y la imposibilidad de disfrutar de la majestuosa belleza del mundo natural. El sentimiento de lo sublime se empareja aquí a la insatisfacción que crea la premura del tiempo. El uso del tiempo imperfecto en la frase «Todo es poético; a la imaginación *ayudaba*» (el subrayado es mío) revela una brecha entre el rapto de la imaginación en el momento de la contemplación y el tiempo de la escritura. Las exclamaciones finales del pasaje son de una pasión entusiasta, animada por las ideas de lo sublime. La contemplación y la meditación le dan a Jovellanos el coraje para medirse contra la inmensidad de la naturaleza y admitir su impotencia a la hora de negociar con los límites temporales. Es en este preciso momento en el que Jovellanos rechaza la dimensión religiosa de lo sublime y se contenta con lo pintoresco. Incapaz de sintetizar y elevarse por encima de la majestad de la naturaleza, la mente de Jovellanos adopta un acercamiento científico que le impide ir más allá de los datos sensibles y penetrar en el *destino ultrasensible* de lo sublime. En este sentido, ¿acaso no aporta el *Diario* un retrato sutil del diarista?

Si Jovellanos siente que ya pasó la edad de las ilusiones, el *Diario* es un perfecto indicador del tiempo que pasa. Aunque Jovellanos raramente descarga su caudal emotivo en las páginas de su *Diario*, apenas deja pasar un día sin acudir a su cita. La crítica aduce que en España se escriben y se leen pocos diarios, abstinencia confesional que Trapiello atribuye a la imposibilidad del español, dotado para el más allá, de ser natural ante un diario: «Eso le ha vuelto un ser trágico, con un sentimiento trágico para la vida» (xvi). Si el español tiene, como afirma Trapiello, una afinidad para lo trascendente, la respuesta de Jovellanos ante lo sublime es aún más problemática. Lo sublime le confronta a Jovellanos con un drama, en el sentido trágico y violento de fuerzas en tensión que amenazan las leyes naturales y que le llevan a consideraciones sobre el abismo de lo infinito. Pero el estremecimiento de lo sublime es un momento que Jovellanos prefiere incorporar al más acá, es decir, la vida y el deseo de darle continuación. El diarista toma nota del día a día, ensartando pedacitos de memoria histórica que difieren la muerte en el propio acto de escribir.

Empeñado en dar constancia de la fugacidad del tiempo, Jovellanos acepta su propia fugacidad en una España tornadiza. Jovellanos restaura continuidad a su ser diviso y fragmentado, así como a su querida y abandonada nación. Pero el momento de lo sublime forzosamente suspende o amenaza con suspender ese deseo de continuidad. Tras una dulce lamentación sobre la pérdida de las ilusiones —o sea, lo inimaginable fuera del presente y de lo mundano— Jovellanos regresa a su *Diario*, en cuyas páginas se reafirma como ser histórico y social, y renueva su convencimiento de que el ser humano, aunque incapaz de trascender, puede aún progresar y perfeccionarse.

OBRAS CITADAS

- AGUILAR PIÑAL, Francisco, *La biblioteca de Jovellanos (1778)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Miguel de Cervantes, 1984.
- ÁLVAREZ-VALDÉS Y VALDÉS, Manuel, *Jovellanos: enigmas y certezas*. Prólogo de Gonzalo Anes. Gijón, Asturias: Fundación Alvargonzález / Fundación Foro Jovellanos del Principado de Asturias, 2002.
- BERENGUER, Carmen, María José CASTAÑO RODRÍGUEZ y Ana BERENGUER, «Bibliografía de y sobre Jovellanos.» *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos* 48.143 (1994): 245-94.
- BURKE, Edmund, *A Philosophical Enquiry into the Origin of our Ideas of the Sublime and Beautiful*. Edited with an introduction and notes by James T. Boulton. Notre Dame, Ind.: U of Notre Dame Press, 1968. En castellano: *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y bello*. Madrid: Tecnos, 1987.
- CASO GONZÁLEZ, José Miguel, «La descripción de Bellver como anticipo de la literatura romántica.» *EntreSiglos*, eds. Ermanno Caldera y Rinaldo Froldi. Rome, Italy: Bulzoni, 1993. 75-85.
- , *Gaspar Melchor de Jovellanos*. Madrid: Espasa-Calpe, 1987.
- , «Jovellanos y su tiempo.» *Bulletin of Hispanic Studies* 68.1 (Jan. 1991): 91-105.
- CLÉMENT, Jean-Pierre, *Las lecturas de Jovellanos: ensayo de reconstitución de su biblioteca*. Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos, 1980.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel, *Jovellanos, el patriota*. Madrid: Espasa-Calpe, 2001.
- GEIMAN, Kevin Paul, «Enlightened Cosmopolitanism: The Political Perspective of the Kantian 'Sublime'.» *What is Enlightenment? Eighteenth-Century Answers to Twentieth-Century Questions*. Edited by James Schmidt. Berkeley / Los Angeles / London: U of California Press, 1996. 517-32.
- HIPPLE, Walter John, *The Beautiful, the Sublime, and the Picturesque in Eighteenth-Century British Aesthetic Theory*. Carbondale: Southern Illinois UP, 1957.
- , «Retrospect: The Beautiful, the Sublime, and the Picturesque.» *Backgrounds to Eighteenth-Century Literature*. Ed. by Kathleen Williams. Scranton: Chandler Pub. Co., [1971]. 292-311.
- IRLAM, Shaun, *Elations: The Poetics of Enthusiasm in Eighteenth-Century Britain*. Stanford, Calif.: Stanford UP, 1999.
- JOVELLANOS, Gaspar Melchor de, *Diario*. Edición de José Miguel Caso. Barcelona: Planeta: 1992.
- , «Discurso sobre la geografía y la historia.» *Obras históricas*. Edición, prólogo y notas de Elvira Martínez. México: Editorial Porrúa, S.A., 1984. 29-37.
- , *Diarios (Memorias íntimas)*. Estudio preliminar de Ángel del Río. Edición preparada por Julio Somoza. Tomo I y II. Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos del Patronato José M. Cuadrado (C.S.I.C.), 1953 y 1954.
- KANT, Immanuel, *Crítica del discernimiento*. Edición y traducción de Roberto R. Aramayo y Salvador Mas. Madrid: A. Machado Libros, S.A., 2003.
- KELLNER, Hans, «However Imperceptibly: From the Historical to the Sublime.» *PMLA: Publications of the Modern Language Association of America* 118.3 (May 2003): 591-96.
- LONGINOS, Cassius; Juan Mariano LARSEN, *De lo sublime*. Buenos Aires: Impr. de Mayo, 1863.
- LYOTARD, Jean François, *Lessons on the Analytic of the Sublime: Kant's Critique of Judgment, [sections] 23-29*. Translated by Elizabeth Rottenberg. Stanford, Calif.: Stanford UP, 1994.

- MANDRELL, James, «Lo sublime literario en la poesía española de los siglos XVIII y XIX: Meléndez Valdés y Espronceda». *EntreSiglos*, eds. Ermanno Caldera y Rinaldo Frolidi. Rome: Bulzoni, 1993. 267 pp.
- MARTYN, David, *Sublime Failures: The Ethics of Kant and Sade*. Detroit, MI: Wayne Stae UP, 2003.
- MONK, Samuel Holt, *The Sublime: A Study of Critical Theories in XVIII-Century England*. New York: Modern Language Association of America, 1935.
- PEÑUELAS, Marcelino C., «Los diarios de Jovellanos, ¿memorias íntimas?» *Insula: Revista de Letras y Ciencias Humanas* 20.224-225 (1965): 12, 20.
- PILLOW, Kirk, *Sublime Understanding. Aesthetic Reflection in Kant and Hegel*. Cambridge, Mass.; London, England: MIT Press, 2000.
- PIÑEIRO PELETEIRO, María del Rosario, «El pensamiento geográfico de Jovellanos.» *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos* 48.143 (1994): 221-41.
- SCHLAEGER, Jurgen, «The Accomodated Self: Diaries and Autobiographies in the 18th Century.» Ahrens, Rüdiger, ed. *Anglistentag 11. Proceedings of the Conference of the German Association of University Professors of English*. Niemeyer, Tübingen, 1990. 152-165.
- SHELL, Susan, «Kant as Propagator: Reflections on Observations on the Feeling of the Beautiful and Sublime.» *Eighteenth-Century Studies* 35.3 (Spring 2002): 455-68.
- SHERMAN, Alvin F., Jr., «Torres Villarroel and the Rhetoric of the Sublime.» *Hispanófila* 138 (May 2003): 27-42.
- SCHILLER, Friedrich; Pedro AULLÓN DE HARO y José Luis DEL BARCO, *Lo sublime: de lo sublime y sobre lo sublime*. España: Agora, 1992.
- TRAPIELLO, Andrés, «El escritor de diarios.» *ABC Literario*, 5 de mayo, 1990. P. 16.
- UREÑA, Marqués de, *De la belleza y el gusto*. Madrid: J. Ibarra, 1785.
- YU, Liu, «The Beautiful and the Sublime: Kant's Paradise Lost and Paradise Regained.» *Studies in Romanticism* 42.2 (Summer 2003): 187-202.
- ZELLE, Carsten, «Beauty and Horror: On the Dichotomy of Beauty and the Sublime in Eighteenth-Century Esthetics.» *Studies on Voltaire and the Eighteenth Century* 305 (1992): 1542-45.
- ZUCKERT, Rachel, «Awe or Envy: Herder contra Kant on the Sublime.» *Journal of Aesthetics and Art Criticism* 61.3 (Summer 2003): 217-32.